

ISABEL ÁLVAREZ

CLARA NOX



EL SECRETO DEL PROFESOR

DESTINO

ISABEL ÁLVAREZ

CLARA NOX

EL SECRETO DEL PROFESOR

Ilustraciones de Sara Lozoya

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2026

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Isabel Álvarez, 2026

© de las ilustraciones: Sara Lozoya Sevilla, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31445-5

Depósito legal: B. 38-2026

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel de este libro procede de bosques gestionados
de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

O

Siempre se me ha dado fatal disimular. Y aquella vez, más que nunca.

Todo empezó con un olor: eucalipto. Lo reconocí enseguida porque era el mismo que flotaba en la sala donde guardaban la muestra del aire. Jacob siempre dice que los detalles importan, y ese lo cambiaba todo. Porque Kowalski, mi profesor de Matemáticas, siempre lleva caramelos.

De eucalipto.

Así supe que había sido él.

Durante un instante, el mundo se quedó quieto. Noté el corazón retumbándome en los oídos, las manos heladas, el cuerpo intentando entender lo que la cabeza ya sabía. No quise mirarlo, pero lo hice. Y entonces él también me miró. Frunció el ceño, como si notara algo distinto en mí: un gesto torpe, una respiración de más.

—¿Te encuentras bien, Clara? —preguntó.

Asentí. No estaba segura de poder hablar.

Él bajó la vista hacia su muñeca y le dio un par de gol-

pecitos al reloj. Después, recogió sus cosas y murmuró algo sobre un olvido. Y se fue.

Yo lo seguí. El pasillo estaba vacío. Sus pasos resonaban, cada vez más lejanos, hasta que giró y desapareció tras la puerta de la biblioteca. Intenté abrirla, pero estaba cerrada con llave. Apreté el pomo con rabia y sentí que me subía el calor desde el pecho hasta la mano. Era esa clase de ardor que no quema, pero empuja; el que te recuerda lo que llevas dentro aunque no quieras verlo.

El metal empezó a ceder bajo mis dedos. La puerta se abrió de golpe.

Dentro solo había silencio. Entraba luz por las ventanas, dibujando líneas sobre el polvo suspendido. Y nada más: no había ni rastro de Kowalski.

Solo quedaba el olor a eucalipto flotando en el aire, como si quisiera recordarme que había llegado tarde.

1

Desde ese día, nada volvió a ser igual.

Ya habían pasado semanas, pero yo apenas podía pegar ojo, por eso me quedé adormilada frente a las puertas metálicas, con la música sonando en los cascos. «Y tú bailando, bailando, bailando...», canturreaba en bucle.

Cuando por fin llegó el ascensor, entré y pulsé el botón. No había vuelto a meterme allí desde que los monstruos cruzaron a nuestro mundo. Aquel día, la luz se fue y me quedé atrapada con la sensación de que algo horrible podía aparecer frente a mí en cualquier momento.

El recuerdo me golpeó y sentí que los monstruos volvían a estar allí, acechando tras el metal, esperando el momento justo para entrar. Noté que el miedo me subía por la garganta y se me quedaba atascado, como un puño apretándome el cuello.

Busqué aire. Me llevé la mano al colgante que Jacob, mi maestro, me había regalado, como si eso pudiera alejar

a los monstruos de mi mente y reducir la presión. Pero no podía respirar. Tenía que salir.

Con un movimiento torpe, me precipité fuera del ascensor justo antes de que las puertas se cerraran. Me quedé un momento temblando en el pasillo. Luego, di media vuelta y me dirigí a las escaleras; un poco de movimiento me ayudaría a espabilarme.

Empecé a bajar despacio, peldaño a peldaño. Sentí la barandilla de bronce fría bajo mi mano. La música que seguía sonando en los auriculares se mezclaba con mis pensamientos.

Sin duda, mi vida era mucho más sencilla antes de llegar a Nueva York. Mi verdadero hogar está a miles de kilómetros de esta ciudad, pero mi madre pensó que sería buena idea enviarme aquí cuando empeoró de su enfermedad. «Lo pasarás bien», me prometió. Y supongo que no se equivocó, hasta que llegó Halloween y se abrieron las puertas entre los dos mundos.

Fue entonces cuando entraron los monstruos. Ese día descubrí que no soy del todo humana.

Aunque lo que me inquietaba últimamente no era nada de eso, sino que Kowalski, mi profesor de Matemáticas, había desaparecido sin dejar rastro. La buena noticia era que me había librado de sus tediosas clases y de intentar descifrar lo que decía mientras se paseaba con un ca-

ramelo en la boca. La mala, que con él se había esfumado también la muestra del aire.

Las muestras son pequeñas semillas de energía que, a simple vista, no parecen gran cosa, pero que guardan una fuerza capaz de contener a los monstruos en su propio mundo o, si caen en malas manos, traerlos hasta nosotros. Existe una por cada elemento: aire, agua, fuego y tierra; y también otra del quinto, una fuerza esencial que conecta, unifica y da sentido a todo el universo. O algo así dicen. La realidad es que nadie sabe lo que es.

El caso es que yo había dejado huir a nuestro profesor con la del aire. Desde entonces, la culpa me pesaba más que la mochila y apenas era capaz de conciliar el sueño.

Las noches se me hacían interminables. Entre vueltas en la cama y remordimientos constantes, no podía dejar de pensar en un hombre de mirada intensa y ojos rojos que apareció de pronto en mi mente, como si quisiera decirme algo.

No sabía si era un recuerdo o un sueño, pero su cara volvía a mí una y otra vez. Estaba convencida de que era mi padre. Nunca lo conocí y lo único que tenía de él era esa imagen. Bueno, eso y mi sangre de monstruo, claro.

Mi padre era una criatura de la oscuridad, y eso me convierte, supongo, en algo a medio camino: mitad humana, mitad monstruo. Esa parte de mí que todavía me cos-

taba aceptar era su herencia, y aún estaba aprendiendo a convivir con ella. Poco a poco, escalón a escalón.

A pesar de los cientos de amagos, todavía no había reunido el valor para preguntarle a mi madre por él. Lo intenté alguna vez, pero nunca llegué a atreverme.

—Mamá, tú... —empezaba.

—Dime.

—Pues... que si recuerdas la receta de las galletas que hacías con la tía Eli —terminaba derrotada.

Mi madre estaba enferma, no quería ponérselo más difícil y, si algo tenía claro, era que esa no sería una conversación sencilla. «Sí, cariño, tu papá era un monstruo maravilloso venido de otro mundo y por eso a ti te salen alas en la espalda. ¿Qué tal las clases?». Nop.

Cuando llegué al vestíbulo, la señora Doherty, la dueña del hotel, estaba charlando con mi tía Eli.

—En esa pared quiero poner papel pintado. Kevin, busca uno con diseño floral —ordenó al recepcionista, que las seguía con una libreta en la mano.

—¿Alguien ha visto mi estilográfica? —preguntó este. Se lo veía agobiado, aunque intentaba no perder la compostura.

—Y el sofá... ¿deberíamos darle un toque más moderno?

—Podríamos probar con uno estilo Togo —sugirió mi tía.

Eli es la hermana de mi madre, y también, en teoría, la encargada de que no haga locuras mientras viva en Nueva York. En la práctica, suele ser ella la que las hace.

—¿Togo? —La señora Doherty se detuvo y la miró, extrañada.

—Tía Eli, ¿esos no son los sofás que parecen cojines gigantes? ¿De verdad quieres que el Saint Patrick Palace parezca una sala de yoga? —bromeé.

El Saint Patrick Palace es uno de los hoteles más lujosos de Nueva York. Tiene grandes puertas de madera noble, suelos de mármol traído de algún sitio lejano (y carísimo), lámparas de araña de cristal de Murano que brillan incluso cuando están apagadas y alfombras que, si no son persas, al menos lo fingen muy bien.

Desde hace unos meses, este es mi hogar. Mi tía lleva las riendas y la señora Doherty decidió cedernos una de las mejores *suites*.

—Supongo que volvemos a lo clásico. Apunta, Kevin: sofá caro y anticuado —le susurró la tía Eli al recepcionista.

—Lo haría si supiera dónde rayos he puesto la estilografía —masculló él.

—Clara, ¿querías ayudarnos? —propuso la señora Doherty—. Estamos intentando renovar la decoración de esta sala y darle un toque más actual.

—Lo que este sitio necesita es un sistema de sonido envolvente integrado. Piénsalo: podrías poner a Beethoven a todo volumen para dar la bienvenida a los huéspedes —sugerí, y seguí caminando hacia la salida.

—Apunta, Kevin: música.

Cuando me habían perdido de vista, cambié de dirección y bajé las escaleras, rumbo al sótano. Era jueves, Jacob me esperaba para la sesión de entrenamiento.

Jacob es el limpiamoquetas del hotel, y la persona que me contó que existe gente (como él) que controla los elementos y se encarga de que los monstruos no crucen a nuestro mundo: los vigilantes. También fue quien me explicó que yo soy una de ellos, aunque se guardó un detalle importante: que sabía que tenía sangre de monstruo. Yo, evidentemente, intenté averiguar por qué.

—¿Cómo sabías que era un monstruo? —le pregunté.

—No lo eres.

—Bueno, ya me entiendes.

—Vi cómo te movías y la fuerza que tienes. Con eso ya habría sido suficiente para intuir que tienes sangre del otro lado; esas habilidades no son propias de los vigilantes. Además, también están tus ojos, ese resplandor rojo alrededor de la pupila...

—No es más que una anomalía genética.

—Algo habitual en el otro lado.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—¿Has visto lo que me cuesta cargar el bidón de detergente para alfombras? Soy muy viejo, Clara; he visto muchas cosas.

Me quedé con la sensación de que me ocultaba algo, así que intenté sacar el tema en varias ocasiones. Cada vez que lo hacía, me daba respuestas vagas o se las ingenia-
ba para desviar la conversación, ya fuera soltando alguna
anécdota o poniéndose a hablar de *jazz*.

La cuestión es que él era el único que se esforzaba por enseñarme a sobrevivir en este mundo nuevo en el que todo podía torcerse en un segundo.

—Buenos días —lo saludé al llegar a nuestra glamurosa sala de entrenamiento, también conocida como el cuarto de la limpieza.

Jacob levantó la cabeza; estaba haciendo un puzle en tres dimensiones de un dinosaurio de cuello largo.

—¿Has descansado? —preguntó. Se sacó del bolsillo un trozo de tela blanco y se acercó a mí—. Cierra los ojos —me pidió, y me los cubrió con suavidad.

—¿Qué es esto, una fiesta sorpresa?

—Hay cuatro objetos que no deberían estar aquí. Enuméralos.

—¿Qué? Venga ya, ¡si he entrado hace menos de un minuto!

—Más que suficiente si has prestado atención a los detalles.

No insistí; hacía tiempo que me había resignado. Él consideraba que ese era el tipo de ejercicios que necesitaba para lograr controlar mis dos partes, la de monstruo y la de vigilante, y quién era yo para discutirse. Al fin y al cabo, gracias a ellos había sobrevivido a mi primera pelea contra un monstruo, así que me pasaba los días contando respiraciones, engañando a mi mente con distracciones absurdas, visualizando o incluso buscando al intruso entre un montón de trastos.

—Una mochila de Mickey apoyada en la esquina y una bufanda de flores colgada de la silla.

—Las encontré tiradas en uno de los pasillos, luego las llevaré a objetos perdidos. ¿Qué más?

—Una manzana verde en la estantería.

—Imagino que habrás vuelto a venir sin desayunar. Ya solo falta una.

—Dame una tregua —le pedí. Me tomé unos segundos para pensar y, después, sonreí—. La pieza del puzle que te falta está en el suelo, debajo de tu silla.

—¡Vaya, gracias! Llevaba un buen rato buscándola. Es el ojo del *Apatosaurus*, que no debe confundirse con el *Brontosaurus*.

—¿Eres experto en dinosaurios?



—De joven me gustaba pasar las tardes en el Museo de Historia Natural —respondió, encajando la pieza en su sitio—. El *Apatosaurus* era mi favorito: tranquilo, pacífico... y demoledor cuando hacía falta.

—Bonita combinación.

—Por eso me gustaba. Pero sigamos: esa no era parte del entrenamiento. Todavía hay una más.

Los cubos estaban apilados; los productos de limpieza, ordenados en las estanterías; las bayetas, dobladas; las sillas, junto a la mesa; el puzle de Jacob, sobre ella. Nada parecía nuevo allí, salvo...

—Un impermeable amarillo colgado del pomo de la puerta.

Jacob se acercó a mí y me quitó la venda de los ojos.

—Buen intento, pero es mío; dicen que lloverá intensamente estos días. Lo que te faltaba era esto. —La estilográfica de Kevin asomaba del bolsillo del uniforme de Jacob. La sacó y me la dio.

—Está claro que no se me da bien —resoplé enfadada—. Hace tiempo que todos lo sabemos. Si no, no estaríamos buscando la muestra del...

—Deja de darle vueltas a eso —me interrumpió.

Jacob se enfadaba cada vez que mencionaba mi gran error al dejar escapar a Kowalski. Decía que debía pasar página. Ojalá pudiera.

Trataba de mantenerme positiva recordando que no todo habían sido malas noticias: al menos habíamos salvado la muestra del quinto elemento. Aunque eso nadie lo sabría jamás, claro. La versión oficial era que Jacob se la había llevado porque ya no estaba segura en su escondite y, entre todos los vigilantes, eligieron a Brook, la del agua, como su nueva guardiana.

—¿Estás lista? —me preguntó.

Resoplé y asentí. Él colocó una vela sobre la mesa, acercó la mano y la encendió.

—Recuerda: solo tienes que concentrarte —dijo—. Puedes conseguirlo, Clara.

Me senté, fijé la mirada en ella y despejé la mente. Jacob era vigilante del fuego y estaba convencido de que yo también dominaría ese elemento.

—Los indicios son evidentes, solo necesitas tiempo —aseguraba.

Mi objetivo era hacer la llama más grande, más pequeña, moverla de lado a lado, extinguirla..., cualquier cosa. Día tras día me colocaba en aquella misma silla y conseguía lo mismo: nada.

—¡No puedo! —exclamé frustrada—. Llevamos semanas con esto ¡y ni siquiera soy capaz de controlar cuándo me transformo en monstruo! No sé si tiene sentido seguir intentándolo...

Jacob apagó la vela de un soplido.

—Tu elemento puede revelarse en cualquier momento. Cuando eso suceda, lo sabrás: será sutil, pero sentirás una conexión con él y podrás manejarlo. Entonces ya no tendrás tantas dudas. Y con las transformaciones estás haciendo progresos, aunque debes tener cuidado —añadió, señalando mis manos.

Las miré; tenía los puños apretados y me resplandecía la piel. Cuando me enfadaba, mi lado monstruoso salía a la luz y mi cuerpo cambiaba sin que me diese cuenta, casi siempre en los momentos más inoportunos. Sin embargo, cuando quería transformarme, no sucedía nada. Desde el día en que perseguí al profesor Kowalski por el instituto no había vuelto a lograrlo.

Al calmarme, mi cuerpo volvió a la normalidad y Jacob dio el entrenamiento por concluido.

—Vete o llegarás tarde a clase —me dijo, y me lanzó la manzana.

Antes de salir del hotel, pasé por delante de recepción y dejé sobre el mostrador la estilográfica de Kevin.

—¡Gracias! —exclamó él sorprendido.